

¿Qué es *la* Cena del Señor?

R.C. Sproul

Preguntas Cruciales
No. 16



¿Qué es *la* Cena del Señor?

R.C. Sproul

Reformation Trust A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES, ORLANDO, FL

Serie Preguntas Cruciales

Por R. C. Sproul

¿Quién *es* Jesús?

¿Puedo confiar *en la* Biblia?

¿Puede *la oración* cambiar las cosas?

¿Puedo *conocer* la voluntad de Dios?

¿Cómo debo *vivir en* este mundo?

¿Qué significa *nacer* de nuevo?

¿Puedo estar seguro *de que soy* salvo?

¿Qué *es* la fe?

¿Qué puedo *hacer con* mi culpa?

¿Qué es *la* Trinidad?

¿Qué es *el* Bautismo?

¿Puedo tener gozo *en* mi vida?

¿Quién es *el* Espíritu Santo?

¿Controla Dios *todas* las cosas?

¿*Cómo puedo desarrollar* una conciencia cristiana?

¿Qué es *la* Cena del Señor?

¿Qué es *la* iglesia?

¿Qué es *el* arrepentimiento?

¿Cuál es *la relación entre la* iglesia y *el* Estado?

¿Estamos en *los* últimos días?

¿Qué es la Cena del Señor?

Traducido del libro *What Is the Lord's Supper?*,
publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries.
421 Ligonier Court, Sanford, FL 32771
Ligonier.org   ReformationTrust.com

Diseño de portada: Gearbox Studios
Diseño interior: Katherine Lloyd, The DESK
Traducción al español: Elvis Castro, Proyecto Nehemías

ISBN para la versión electrónica
en MOBI: 978-1-56769-415-4

CONTENIDO



La significación de la pascua

En el centro mismo de la vida y la adoración de la comunidad cristiana primitiva estaba la celebración de la Cena del Señor. En los primeros días de la historia de la iglesia, la celebración de la Santa Comunión se conocía con otros nombres. Por una parte, la iglesia primitiva solía reunirse y celebrar lo que ellos llamaban un “ágape” o “comida de amor”, en la que celebraban el amor de Dios y el amor que disfrutaban unos con otros como cristianos en esta santa cena. El sacramento se llamó Cena del Señor porque hacía referencia a la última cena que Jesús tuvo con sus discípulos en el aposento alto la noche antes de su muerte. En la iglesia primitiva y posteriormente, la Cena del Señor se llamó la “Eucaristía”, cuya definición proviene del verbo griego *eucharisto*, que significa “agradecer”. Por lo tanto, una faceta de la Cena del Señor ha sido la reunión del pueblo de Dios para expresar su gratitud por lo que Cristo ha alcanzado en su muerte para beneficio de ellos.

La Cena del Señor es un drama cuyas raíces no solo están en aquella experiencia del aposento alto, sino que se extienden hacia el pasado hasta la

celebración veterotestamentaria de la Pascua. De hecho, como recordarás, antes de instituir la Cena del Señor en el aposento alto, Jesús había dado instrucciones a sus discípulos para que aseguraran un cuarto con el fin de reunirse para esta ocasión porque él estaba llegando a su pasión. Él sabía que su juicio, muerte, resurrección, y regreso al Padre eran inminentes, así que les dijo a sus discípulos: “Deseo profundamente celebrar la Pascua con ustedes por última vez”.

El contexto inmediato en el que Jesús instituyó la Cena del Señor fue la celebración de la fiesta de la Pascua con sus discípulos. El vínculo con la Pascua no solo se percibe en sus palabras a los discípulos sino también en el lenguaje similar que usa el apóstol Pablo cuando escribió a la iglesia de Corinto. Él dijo: “Nuestra pascua, que es Cristo, ya ha sido sacrificada por nosotros” (1 Corintios 5:7). Está claro que la comunidad apostólica vio un vínculo entre la muerte de Cristo y la celebración de la Pascua en el Antiguo Testamento.

Para entender esto, debemos volvernos a las páginas del Antiguo Testamento, al contexto histórico de la institución de la Pascua. Debemos recordar la esclavización del pueblo de Israel en Egipto, bajo el dominio de un implacable faraón. Recordemos que el pueblo sufría inmensamente, pero sus gemidos no quedaron sin ser oídos. Entendemos que Dios se apareció en el desierto madianita al envejecido Moisés, quien en ese entonces vivía en el exilio como fugitivo de las fuerzas del faraón. Cuando Dios se le apareció a Moisés y le habló desde la zarza ardiente, le dijo: “No te acerques. Quítate el calzado de tus pies, porque el lugar donde ahora estás es tierra santa” (Éxodo 3:5).

En ese encuentro, Dios dirigió a Moisés para que fuera tanto al faraón como al pueblo judío para entregarles la Palabra de Dios. Recordemos que Moisés se sintió inadecuado para la tarea y se preguntaba cómo iba a ser

capaz de comunicar la Palabra de Dios con alguna autoridad al faraón o al pueblo de Israel. En esencia, Moisés dijo: “¿Por qué me iban a seguir? ¿Por qué tendrían que creerme?”. Y para parafrasearlo, Dios le respondió: “Mira, tú vas a ir. Les dices que yo he oído el clamor de mi pueblo, y le dices al faraón que yo digo: ‘Deja ir a mi pueblo para que pueda venir a adorarme en el monte que les mostraré’, y le dices al pueblo que empaque sus cosas y abandone al faraón y Egipto”. Así que Dios capacitó a Moisés con la habilidad de realizar milagros con el fin de autenticar el origen de este increíble mensaje.

Desde ahí en adelante, lo que aconteció fue una lucha de voluntad y poder entre Dios por medio de Moisés, y los magos de la corte del faraón. En muy poco tiempo, los trucos de los magos se agotaron, y el poder de Dios se hizo manifiesto a través de Moisés de formas dramáticas. Hubo diez plagas en total, pero es en las primeras nueve que vemos una escalada de drama y conflicto entre Moisés y el Faraón. Caía una plaga sobre los egipcios. Luego el faraón cedía y decía: “Bueno, váyanse; toma a tu pueblo y salgan”. Pero en cuanto la frase salía de los labios del faraón, entraba Dios y endurecía el corazón del faraón. Esto era así para que al pueblo de Israel le quedara muy claro que su redención venía de la mano de Dios y no de la gracia del faraón. Así que seguía una nueva disputa. Otra plaga caía sobre los egipcios, el faraón cedía, Dios endurecía el corazón del faraón y este mantenía al pueblo en cautividad. Entonces vino otra disputa, luego otra, y después otra, hasta que finalmente, el faraón tenía prácticamente todo lo que podía recibir de Moisés, y dijo: “¡Aléjate de mí! Asegúrate de que nunca más vea tu rostro, o morirás”. Y Moisés respondió diciendo: “Bien has dicho, porque nunca más veré tu rostro”.

Fue en este punto del drama donde Dios le anunció a Moisés la décima plaga que él traería sobre los egipcios. Esta plaga fue la peor de todas porque

implicaba la destrucción de los primogénitos de todos los egipcios, incluido el primogénito del faraón. Así que Dios le dijo a Moisés:

> “Todavía voy a traer una plaga sobre el faraón y sobre Egipto. Después de eso, él los dejará ir de aquí, y esa expulsión será definitiva. Ve ahora y habla con el pueblo, para que todos, hombres y mujeres, les pidan a sus vecinos y vecinas alhajas de oro y plata”.
>
> Y el Señor hizo que los egipcios vieran al pueblo con buenos ojos. Moisés también era tenido en alta estima en la tierra de Egipto, tanto a los ojos de los siervos del faraón como a los ojos del pueblo. Así que Moisés dijo:
>
> «Así ha dicho el Señor: “A la medianoche pasaré a través de todo Egipto, y todos los primogénitos egipcios morirán, desde el primogénito del faraón, que se sienta en su trono, hasta el primogénito de la sierva que trabaja en el molino, y también todas las primeras crías de los animales. Habrá en todo Egipto un gran clamor, como no lo hubo antes, ni jamás lo habrá. Pero entre los hijos de Israel, ni un perro moverá su lengua contra ellos, ni contra sus animales, para que sepan que el Señor hace diferencia entre los egipcios y los israelitas. Y todos estos siervos tuyos se humillarán ante mí, y con el rostro inclinado delante de mí dirán: ‘Vete de aquí, tú y todo el pueblo que te sigue’. Después de esto, yo saldré”».
>
> Y Moisés salió muy enojado de la presencia del faraón. Entonces el Señor le dijo: “Para que mis maravillas se multipliquen en la tierra de Egipto, el faraón no les va a hacer caso” (Éxodo 11:1-9).

Luego, al comienzo del capítulo 12 de Éxodo, Dios llamó a Moisés e instituyó la celebración de la Pascua. Debemos considerar la siguiente narración del libro de Éxodo, porque tiene un impacto muy dramático en la futura vida de la nación judía. Esta es la institución que se celebra en el

aposento alto entre Jesús y sus discípulos:

> El Señor habló con Moisés y Aarón en la tierra de Egipto, y les dijo: “Este mes marcará el principio de los meses. Será para ustedes el primer mes del año. Hablen con toda la congregación de Israel, y díganle: ‘El día diez de este mes, cada uno de ustedes debe tomar un cordero por familia, según las familias de los padres’. Si la familia es tan pequeña como para no comerse todo el cordero, entonces esa familia y sus vecinos más cercanos tomarán un cordero, según el número de personas. Calcularán el cordero según lo que cada persona pueda comer. El animal debe ser macho, de un año y sin ningún defecto, y lo tomarán de las ovejas o de las cabras. Lo apartarán hasta el día catorce de este mes, y toda la congregación de Israel lo sacrificará entre la tarde y la noche. Tomarán un poco de sangre y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas donde lo vayan a comer. Lo comerán esa noche, asando la carne al fuego y acompañando la carne con panes sin levadura y hierbas amargas. La carne no debe estar cruda ni ser cocida en agua, sino asada al fuego, junto con la cabeza, las patas y las entrañas. No dejarán nada del cordero para el día siguiente; si algo queda hasta el día siguiente lo quemarán por completo. Debe comer el cordero vestidos y calzados, y con el bordón en la mano, y comerlo de prisa; se trata de la Pascua del Señor. Esa noche yo, el Señor, pasaré por la tierra de Egipto y heriré de muerte a todo primogénito egipcio, tanto de sus hombres como de sus animales, y también dictaré sentencia contra todos los dioses de Egipto. Y cuando hiera yo la tierra de Egipto, la sangre en las casas donde ustedes se encuentren les servirá de señal, pues yo veré la sangre y seguiré adelante, y no habrá entre ustedes ninguna plaga de mortandad” (Éxodo 12:1-13).

Esto es crucial, porque sabemos que los sacramentos del Nuevo

Testamento se entienden en la vida de la iglesia como señales y como sellos de algo extremadamente importante. Un sacramento proporciona una señal dramática que apunta hacia alguna verdad de la redención que es crucial para la vida del pueblo de Dios. Cuando Dios instituyó la Pascua en el Antiguo Testamento, le estaba diciendo a Moisés, para parafrasearlo:

> Tomen este animal, el cordero sin defecto, y mátalo. Tomen su sangre, y marquen la entrada de sus casas. Pongan la sangre en el dintel y en los postes de la puerta, como señal que los marca como el pueblo de Dios, de manera que cuando venga el ángel de la muerte a destruir a los primogénitos del país, y a ejecutar mi juicio sobre los egipcios, la destrucción de ese juicio solo caiga sobre los egipcios. Voy a diferenciar entre el pueblo que he llamado del mundo para que sea mi pueblo santo del pacto, y aquellos que lo han esclavizado. Por lo tanto, mi ira caerá sobre Egipto pero no sobre mi pueblo. El ángel pasará sobre cada hogar marcado con la sangre del cordero.

El carácter de señal de este ritual realmente era un signo de liberación. Era una señal de redención porque significaba que estas personas escaparían de la ira de Dios.

La calamidad última es estar expuesto a la ira de Dios. Cristo salva a su pueblo de la ira del Padre. No solo somos salvados *por* Dios, sino que somos salvados *de* Dios, y esa idea se expone de manera dramática en la Pascua según como se registra en el libro de Éxodo. La señal en el poste de la puerta, la señal marcada por la sangre del cordero significaba que los israelitas serían rescatados de una calamitosa exposición a la ira de Dios.

Así que aquella noche vino el ángel de la muerte y mató a los primogénitos de los egipcios, pero el pueblo de Dios fue dejado con vida. Después de eso, Moisés los sacó de la esclavitud, a través del Mar Rojo, y los guió hacia la

Tierra Prometida, donde se convirtieron en el pueblo de Dios bajo el pacto de Moisés, recibiendo la ley en el Monte Sinaí. Ellos efectivamente salieron y adoraron a Dios en su santo monte, pero como un recordatorio perpetuo de su redención, cada año a partir de entonces, el pueblo de Israel obedeció la institución de la Pascua. Se reunían en sus casas, y comían el alimento con las hierbas amargas, y bebían el vino, todo lo cual hacían para recordar la salvación que Dios había obrado para ellos en la tierra de Egipto. Ellos participaban de esta celebración original con sus bastones en la mano, como personas que están prestas a salir, prestas a marcharse en cualquier momento porque el Señor dijo que debían estar listos para salir de Egipto, de la esclavitud a la Tierra Prometida tan pronto como el faraón y sus fuerzas fueran destruidas.

Cuando Jesús celebró su última Pascua con sus discípulos, se alejó de la liturgia estándar en medio de la celebración. Él le agregó un nuevo sentido a la celebración de la Pascua cuando tomó el pan sin levadura, añadiéndole una nueva significación cuando dijo: “Esto es mi cuerpo, que por ustedes es partido”. Luego, después de terminada la cena, tomó el vino y dijo, en efecto: “Yo le añado un nuevo significado a este elemento mientras ustedes celebran la Pascua, porque este vino es mi sangre. No la sangre del cordero en el Antiguo Testamento cuya sangre se marcaba en la puerta, sino que ahora esta copa es mi sangre”. En esencia, Jesús estaba diciendo: “Yo soy la Pascua; yo soy el Cordero Pascual; yo soy el que será sacrificado por ustedes. Es por mi sangre marcada en la puerta de sus vidas que escaparán de la ira de Dios”. Así que él dijo: “Desde ahora en adelante, esta es mi sangre, derramada por la remisión de sus pecados. Esta es la sangre de un nuevo pacto”. Este nuevo pacto que él instituyó esa misma noche completa el antiguo pacto, dándole su máxima y más significativa expresión.



Capítulo dos

La institución de la cena del Señor

En Lucas 22 leemos:

Llegó el día de los panes sin levadura, cuando es necesario sacrificar el cordero de la pascua. Jesús envió a Pedro y a Juan con estas instrucciones: “Vayan a preparar todo para que comamos la pascua”. Ellos le preguntaron: “¿Dónde quieres que hagamos los preparativos?”. Jesús les dijo: “Al entrar en la ciudad, verán ustedes a un hombre que lleva un cántaro de agua; síganlo hasta la casa donde entre, y díganle al dueño de la casa: ‘El Maestro pregunta dónde está el aposento en donde comerá la pascua con sus discípulos’. Entonces él les mostrará un gran aposento alto, ya dispuesto. Hagan allí los preparativos”. Los discípulos partieron, y encontraron todo tal y como Jesús se lo había dicho, y prepararon la pascua.

Cuando llegó la hora, Jesús se sentó a la mesa, y los apóstoles se sentaron con él. Entonces les dijo: “¡Cómo he deseado comer con ustedes esta pascua, antes de que padezca! Porque yo les digo que no volveré a comerla hasta su cumplimiento en el reino de Dios”. Y Jesús tomó la copa, dio gracias y dijo: “Tomen esto, y repártanlo entre ustedes; porque yo les digo

> que no volveré a beber del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios". Luego tomó el pan, lo partió, dio gracias y les dio, al tiempo que decía: "Esto es mi cuerpo, que por ustedes es entregado; hagan esto en memoria de mí". De igual manera, después de haber cenado tomó la copa y les dijo: "Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por ustedes va a ser derramada. Pero sepan que la mano del que me va a traicionar está sobre esta mesa, conmigo. A decir verdad, el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado; pero ¡ay de aquél que lo va a traicionar!" (vv. 7-22).

En esta descripción de la institución de la Cena del Señor, vemos que Jesús se refiere específicamente a dos dimensiones del tiempo: el presente y el futuro. En nuestra cultura, generalmente asumimos el paso del tiempo refiriéndonos al pasado, el presente, y el futuro. Cuando observamos el sentido y la significación de la Cena del Señor en la vida de la comunidad cristiana, vemos que tiene significación y aplicación para las tres dimensiones del tiempo.

La Cena del Señor está relacionada con el pasado en virtud de su vínculo con la Pascua. Además, aquello de lo que Jesús habló en el aposento alto ya ha sucedido, por lo cual su muerte en la cruz para nosotros ya es pasado también. Él les dice a los discípulos que tenían que realizar este sacramento "en memoria de él". En la medida en que nuestra celebración de la Cena del Señor es un recordatorio, el foco está en lo que sucedió en el pasado.

En la Biblia, a menudo vemos lo que llamamos sacralización del espacio y el tiempo. Es decir, vemos diversos ejemplos donde Dios o su pueblo Israel dieron un significado sagrado, santo y consagrado a momentos y sucesos particulares que acontecieron en su mundo. Consideremos el llamado de Dios a Moisés en el desierto madianita: "El Señor le dijo: 'No te acerques. Quítate el calzado de tus pies, porque el lugar donde ahora estás es tierra santa'" (Éxodo 3:5). Lo que Dios le estaba diciendo a Moisés era: "Moisés, este lugar

del planeta ahora es sagrado; es un sitio santo”. Lo que hacía santo el suelo no era que Moisés estuviese allí. Era tierra santa porque era un punto de intersección entre Dios y su pueblo. Si uno recorre el Antiguo Testamento, veremos lugares especiales donde Dios se encontró con su pueblo o actuó poderosamente a favor de su pueblo. En estos casos, solía ser costumbre que las personas marcaran el sitio. Normalmente eso se hacía construyendo un muy simple altar de piedras.

Por ejemplo, cuando Noé tocó tierra en la cima del Monte Ararat y salió del arca, uno de sus primeros actos fue construir allí un altar para recordar el lugar donde Dios lo había librado a él y a su familia del diluvio. Después de que los hijos de Israel cruzaron el Jordán liderados por Josué, erigieron un monumento. Esto lo vemos una y otra vez. Cuando Jacob tuvo a medianoche su visión de Dios ascendiendo y descendiendo de los cielos cuando iba de camino a buscar una esposa, llamó a ese lugar Betel, porque dijo: “Realmente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía” (Génesis 28:16). Así que tomó la piedra que había usado como almohada durante la noche y la ungió con aceite y la puso allí como una marca, pues Dios se le había aparecido en el sueño y le hizo su promesa.

En la Biblia, vemos una y otra vez la sacralización del espacio. Hoy también lo hacemos. Hace algunos años, hubo un trágico y fatal accidente de tránsito muy cerca de mi casa, en el cual una de las víctimas fue una niñita que era gimnasta. Ella vivía al frente de mi casa, y en el camino a mi trabajo, yo paso todos los días por el árbol donde chocó el automóvil. Hasta el día de hoy, hay todo tipo de memoriales, flores, y cruces que señalan el punto donde murió la niña. Todos tenemos lugares especiales en nuestra vida. Pueden ser especiales por buenas o malas razones, pero consideramos estos sitios como santos, a veces con señales físicas.

En la Escritura no solo tenemos espacios sagrados, sino que también

tenemos tiempos sagrados. Los festivales del Antiguo Testamento significaban la sacralización del tiempo. En cuanto a la Pascua, Dios ordenó que el pueblo de Israel celebrara anualmente su redención de la esclavitud en Egipto marcando un momento sagrado en el calendario para la fiesta de la Pascua. Este era tiempo sagrado.

En el calendario de la iglesia también marcamos días sagrados. Vamos a la iglesia los domingos para recordar el hecho de que Jesús fue levantado el domingo por la mañana. Celebramos la fiesta de Pentecostés. Celebramos Semana Santa y Navidad. Celebramos estas fiestas porque, como seres humanos, tener tiempo sagrado está fuertemente arraigado en nuestra humanidad. Queremos recordar aquellos momentos que son más importantes para nosotros en la historia. Celebramos nuestros propios cumpleaños como si hubiese algo sagrado en ellos. Son sagrados en el sentido de que son extraordinarios y especiales para nosotros. Es bueno recordar el día en que vinimos a este mundo. Celebramos aniversarios de boda porque queremos recordar su significancia.

Estoy seguro de que nuestro Señor entendía esta necesidad humana de recapitular y recordar los momentos importantes. Cuando se reunió con sus discípulos en el aposento alto, uno de los elementos de esta institución fue su mandato de repetir esta cena como recordatorio. “Hagan esto en memoria de mí” (Lucas 22:19). En cierto sentido, lo que Cristo dijo fue: “Yo sé que he sido su maestro por tres años. He hecho muchas cosas, algunas de las cuales se les van a olvidar; pero sea como fuere, por favor no olviden esto porque lo que van a experimentar en las próximas veinticuatro horas es lo más importante que habré hecho por ustedes. Nunca lo olviden. Me estarán recordando a mí. Estarán recordando mi muerte, el derramamiento de mi sangre, el quebrantamiento de mi cuerpo, lo cual ocurrirá mañana. Por favor, jamás lo olviden”. Y así, durante dos mil años, la iglesia ha recordado la

muerte de Cristo en este sagrado memorial de la Cena del Señor.

Jesús también entendía el tradicional vínculo judío entre la apostasía y el olvido. Lingüísticamente, ese vínculo se encuentra en la propia palabra *apostasía*, que significa “dejar ir” u “olvidar”. Un apóstata es alguien que ha olvidado aquello con lo que alguna vez estuvo comprometido. Recordamos el Salmo 103, donde David clama: “¡Bendice alma mía al Señor, y *no olvides* ninguna de sus bendiciones!”.

Jesús murió hace dos mil años, y no pasa ni un segundo en el reloj sin que haya personas en algún lugar de este mundo que se sienten, partan el pan, beban vino, y recuerden la muerte de Cristo hasta que él venga.



Capítulo tres

La consumación del reino

En el evangelio de Lucas leemos: "Pero son ustedes los que han permanecido conmigo en mis pruebas. Por tanto, yo les asigno un reino, así como mi Padre me lo asignó a mí, para que en mi reino coman y beban a mi mesa, y se sienten en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (22:28-30).

Aquí Jesús se enfocó en la orientación futura de la consumación de su reino. Él es el Ungido a quien el Padre ha declarado como el Rey de reyes y Señor de señores. Él mencionó que su Padre le ha concedido un reino, y de igual manera él ahora concede a los discípulos el reino de Dios y promete que habrá un momento en el futuro cuando él se siente con ellos a su mesa. En esta declaración de Jesús está implicada la promesa anticipada de la boda del Cordero, la gran ceremonia de Cristo y su novia, lo cual acontecerá en el cielo (Apocalipsis 19:6-10).

En primer lugar, miremos al Antiguo Testamento, donde vemos algunos breves indicios de esa expectativa futura. El Salmo 23 dice así:

El Señor es mi pastor; tengo todo lo que necesito. En verdes prados me deja

descansar; me conduce junto a arroyos tranquilos. Él renueva mis fuerzas. Me guía por sendas correctas, y así da honra a su nombre. Aun cuando yo pase por el valle más oscuro, no temeré, porque tú estás a mi lado. Tu vara y tu cayado me protegen y me confortan (vv. 1-4, NTV).

David comparó a Dios el Señor con un pastor. El propio David provenía de las filas de los pastores, así que conocía la imaginería de la que hablaba. Sabía que es tarea del pastor atender a las ovejas. Si alguna vez has visto un rebaño de ovejas, sabrás que merodean sin rumbo a menos que alguien las guíe. En este texto, el Buen Pastor conduce a las ovejas a verdes pastos, no las deja cerca de ríos torrentosos donde podrían caer al agua y morir, sino que las lleva a un lugar cerca de fuentes de aguas tranquilas. Estos son lugares seguros para beber y satisfacer su sed. Luego el Pastor guía a las ovejas por el camino de justicia. Aunque ellas pasen por el valle más oscuro, no tienen miedo, porque el Pastor va con ellas. Él las alienta con su vara y su cayado. Él usa la vara para defender a las ovejas de los lobos, y usa el cayado para arrearlas y mantenerlas seguras en su presencia.

En medio de todas estas bellas imágenes de Dios como buen pastor, David sigue diciendo: “Me preparas un banquete en presencia de mis enemigos. Me honras ungiendo mi cabeza con aceite. Mi copa se desborda de bendiciones” (v. 5, NTV). Dios vindica a su pueblo, y lo vindica en presencia de quienes lo han acusado falsamente. En esencia, David dijo: “Él no solo prepara la mesa delante de mí, sino que la prepara y me invita a su mesa públicamente”. No solo disfruta de un banquete en la mesa del Señor, sino que la copa puesta ante él rebosa del vino que alegra el corazón. En un sentido muy real, este salmo anticipa al Mesías, quien viene como el Buen Pastor. Este Mesías es, además, el mismo que se hace llamar el pan de vida que ha descendido del cielo (Juan 6:51). A partir de la imagen del pastor del Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento muestra el cumplimiento en Cristo Jesús, el Buen Pastor

que pone su vida por sus ovejas, y no es un asalariado que huya cuando vienen los lobos. No obstante, al mismo tiempo, él también cumple la experiencia histórica de la provisión de alimento del cielo en forma de maná durante la vivencia de los judíos en el desierto. Dios les dio provisiones diarias para satisfacer sus necesidades físicas concediéndoles maná del cielo. Esa imagen se emplea en el Nuevo Testamento cuando a Jesús se le llama el "Pan del cielo" que desciende del cielo para alimentar y nutrir a su pueblo.

Con el fin de entender esa consumación del reino en la Cena del Señor, debemos mirar en Mateo 22 y la parábola de la fiesta de bodas.

> Jesús volvió a hablarles en parábolas, y les dijo: "El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo una fiesta de bodas para su hijo. Y envió el rey a sus siervos para convocar a los invitados a la fiesta de bodas, pero éstos no quisieron asistir. Volvió el rey a enviar otros siervos, y les dijo: 'Díganles a los invitados que ya he preparado el banquete; que he matado mis toros y animales engordados, y que todo está dispuesto. Que vengan a la fiesta'. Pero los invitados no hicieron caso. Uno de ellos se fue a su labranza, otro a sus negocios, y otros más agarraron a los siervos, los maltrataron y los mataron. Cuando el rey supo esto, se enojó; así que envió a sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad. Entonces dijo a sus siervos: 'La fiesta de bodas ya está preparada, pero los que fueron invitados no eran dignos de asistir. Por tanto, vayan a las encrucijadas de los caminos, e inviten a la fiesta de bodas a todos los que encuentren'. Los siervos salieron por los caminos y juntaron a todos los que encontraron, lo mismo malos que buenos, y la fiesta de bodas se llenó de invitados.
>
> "Cuando el rey entró para ver a los invitados y se encontró con uno que no estaba vestido para la boda, le dijo: 'Amigo, ¿cómo fue que entraste aquí, sin estar vestido para la boda?'. Y aquél enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: 'Aten a éste de pies y manos, y échenlo de aquí, a las

> tinieblas de afuera. ¡Allí habrá llanto y rechinar de dientes!’. Porque son muchos los llamados, pero pocos los escogidos” (vv. 1-14).

En esta parábola, hay un aterrador elemento de juicio así como una emocionante promesa de inexpresable bendición. Recordemos que cuando Cristo vino, su entrada al mundo se definió en términos de la palabra griega *krisis*, de la cual proviene la palabra castellana “crisis”. Su venida trajo la suprema división: entre aquellos que lo aceptarían y aquellos que lo rechazarían. En Juan 1:11 se nos dice que Jesús vino a los suyos, es decir, a la nación judía, pero su propio pueblo no lo recibió. En cierto sentido, esta parábola es una recapitulación de la historia de Israel, a quien Dios invitó a ser su novia. Pero ellos rehusaron asistir a su boda. No les interesó. Tenían cosas mejores que hacer. Así que se fueron a casa. Se marcharon e hicieron cualquier cosa excepto responder a la invitación a la boda que Dios su Señor había ofrecido. Cuando los sirvientes salieron a invitarlos, ellos mataron a los sirvientes. ¿A quién se refiere? Obviamente, se trataba de los profetas de Israel que fueron muertos por el pueblo escogido de Dios. Finalmente, Dios dijo: “Mi Hijo tendrá una novia, un reino, una boda donde habrá una multitud de invitados”. Así que envió a sus siervos a los caminos y senderos a buscar personas que no eran parte de la comunidad original. Esto obviamente se refiere a que Dios incluye a los gentiles que eran extraños y ajenos al pacto de Israel. Él le da estas personas al Hijo para celebrar el matrimonio con su novia.

En el libro de Apocalipsis, encontramos referencias a la fiesta de boda del Cordero. En el capítulo 19 leemos:

> Después de esto, oí en el cielo la potente voz de una gran multitud que decía: “¡Aleluya! La salvación, la honra, la gloria y el poder son de nuestro Dios, porque sus juicios son justos y verdaderos. Ha condenado a la gran

ramera, que con su inmoralidad sexual ha corrompido a la tierra, y ha vengado la sangre de sus siervos, que fue derramada por ella". Y una vez más dijeron: "¡Aleluya! El humo de ella sube por los siglos de los siglos". Los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se inclinaron y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono, mientras decían: "¡Amén! ¡Aleluya!". Del trono salió entonces una voz, que decía: "¡Alaben a nuestro Dios todos sus siervos, los que le temen, los grandes y los pequeños!". También oí una voz que parecía el rumor de una gran multitud, o el estruendo de muchas aguas, o el resonar de poderosos truenos, y decía: "¡Aleluya! ¡Reina ya el Señor, nuestro Dios Todopoderoso! ¡Regocijémonos y alegrémonos y démosle gloria! ¡Ha llegado el momento de las bodas del Cordero! Ya su esposa se ha preparado, y se le ha concedido vestirse de lino fino, limpio y refulgente". Y es que el lino fino simboliza las acciones justas de los santos.

Entonces el ángel me dijo: "Escribe: 'Bienaventurados los que han sido invitados a la cena de las bodas del Cordero'". Y también me dijo: "Éstas son palabras verdaderas de Dios". Yo me postré a sus pies para adorarlo, pero él me dijo: "¡No hagas eso! Yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios. Pues el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía" (vv. 1-10).

En este último libro del Nuevo Testamento, tenemos la oportunidad de ver un atisbo del futuro. Aquí Juan ve la fiesta de bodas del Cordero que está preparada para su novia, la Iglesia. Llegará el día cuando todos los que son fieles a Cristo serán reunidos en el cielo para esta gozosa celebración, para esta unión final en matrimonio con Cristo, que estará señalada por una fiesta que superará a cualquier cosa que podamos imaginar en este mundo.

Al conocer esta promesa futura que recorre toda la enseñanza del Nuevo Testamento, vemos referencias a ella en la institución de la Cena del Señor.

Jesús llama la atención al momento futuro cuando él se sentará con su pueblo y celebrará en la fiesta del reino de Dios en el cielo. Aún queda una gran celebración. Cada vez que celebramos la Cena del Señor en este mundo, no *solo* deberíamos mirar a los logros pasados de Cristo, sino a la futura fiesta que aún está por cumplirse. Todavía nos queda más reino de Dios por experimentar. Hemos experimentado la inauguración del reino en la vida, muerte y resurrección de Cristo, pero aún esperamos la futura consumación definitiva del reino. Así que cuando celebramos la Cena del Señor, vemos que no es solo un signo de lo que ya ha sucedido, sino que también es un signo y un sello de lo que acontecerá en el futuro.

En el Antiguo Testamento, Israel, el pueblo de Dios celebraba la Pascua una vez al año. Esta Pascua miraba hacia un cumplimiento futuro, cuando el Cordero Pascual fue sacrificado en el Calvario. Hoy, cada vez que celebramos la Cena del Señor, también miramos al futuro, a la promesa de la fiesta de bodas de Cristo y su novia. De este modo, la Cena del Señor es un anticipo del cielo. Un día veremos al Novio en toda su gloria, y veremos a la iglesia ofrecida a él en su perfección. Esa es la orientación futura de la Cena del Señor.



¿Cuerpo y sangre reales?

¿Cuál es la significación actual de la celebración de la Cena del Señor? Hemos visto su significación pasada y futura, ¿pero qué hay del presente? Es en este punto donde ha surgido la gran mayoría de las controversias en torno a la Cena del Señor.

A lo largo de la historia de la iglesia, la mayoría de las personas ha favorecido la postura de que la presencia real de Cristo está presente en la Cena del Señor. En otras palabras, estamos en una comunión real con él en la mesa. Por supuesto, no todos creen que haya una manera especial en la que él esté presente en la Cena del Señor, pero claramente ese es el fallo minoritario. Sea como fuere, la controversia respecto a la presencia de Cristo en la Cena va aún más profundo. La mayoría ha concordado en que Jesús está realmente presente; el punto de debate tiene que ver con el modo de esa presencia. Los cristianos no se han puesto de acuerdo sobre la respuesta a esta pregunta: ¿de qué manera está presente Cristo en la Mesa del Señor?

Parte del asunto se centra en cómo se relaciona su presencia con sus palabras de la institución. Los tres Evangelios Sinópticos relatan que Jesús

dijo: “Esto es mi cuerpo”. Históricamente, la pregunta que ha surgido en estas controversias tiene que ver con la palabra *es*. ¿Cómo debe entenderse *es*? Cuando se dice que algo “es” algo más, el verbo *ser* funciona como signo igual. Se puede invertir el predicado y el sujeto sin ninguna pérdida de significado. Por ejemplo, si uno dice que “un solterón es un hombre no casado”, no hay nada en el predicado que no esté ya presente en la noción de “solterón” en el sujeto. En esa oración, el término *es* funciona como un signo igual. Podríamos invertir la oración y decir: “un hombre no casado es un solterón”.

Además de este uso del verbo *ser*, también está el uso metafórico, donde el verbo *ser* puede significar “representa”. Por ejemplo, pensemos en las declaraciones “yo soy” de Jesús que encontramos en el Evangelio de Juan. Jesús dice: “Yo soy la vid, ustedes son las ramas. Yo soy el Buen Pastor. Yo soy la Puerta por la que deben entrar los hombres. Yo soy el Camino; yo soy la Verdad; yo soy la Vida”. Cualquiera sea la forma en que leamos estos textos, queda claro que Jesús está usando el sentido representativo del verbo ser de manera metafórica. Cuando él dice: “Yo soy la Puerta”, no está diciendo literalmente que allí donde hay piel, él tenga algún tipo de revestimiento de madera y bisagras. Él quiere decir: “Yo soy —metafóricamente— el punto de entrada al reino de Dios. Para entrar a una habitación, hay que cruzar la puerta. De igual modo, si quieres entrar al reino de Dios, tienes que pasar a través de mí”.

Cuando llegamos a las palabras de la institución de la Cena del Señor, la pregunta obvia es: ¿cómo está usando aquí Cristo la palabra *es*? ¿Está diciendo Jesús: “Este pan que estoy partiendo realmente es mi carne y esta copa de vino que he bendecido es mi sangre”? Cuando las personas están bebiendo el vino, ¿realmente están bebiendo su sangre física? Cuando están comiendo el pan, ¿realmente están comiendo su carne física? De eso se trata

esta controversia.

Recordemos que en la Roma del siglo I, los cristianos fueron acusados del crimen de canibalismo. Había rumores de que los cristianos se reunían en lugares secretos tales como las catacumbas para devorar el cuerpo de alguien y beber la sangre de esa persona. Aun en esa temprana etapa de la historia de la iglesia ya había aparecido la idea de una conexión real entre el pan y la carne y el vino y la sangre.

En el siglo XVI, los luteranos y los reformados encontraron que la principal barrera que los separaba era su forma de entender la Cena del Señor. Ellos concordaban casi en todo lo demás. Martín Lutero insistía en el significado de identidad de la palabra *es* en este caso. En medio de las discusiones, él repetía una y otra vez la frase latina *hoc est corpus meum*, “esto es mi cuerpo”. Él insistía en ello.

Una de las principales controversias de la Reforma del siglo XVI tuvo que ver con la comprensión católica romana de la Cena del Señor. La postura de la Iglesia Católica Romana, entonces y ahora, es lo que se conoce como transubstanciación. Esta es la postura según la cual la sustancia del pan y del vino se transforman de manera sobrenatural en el cuerpo y la sangre reales de Jesús cuando uno participa de la Cena del Señor. Pero había una simple objeción a esta postura. Al compartir la Cena del Señor, el pan y el vino aún se veían, sabían, se sentían, olían y sonaban como pan y vino. No había una diferencia discernible entre el pan y el vino antes de la consagración de los elementos ni después. Alguien podía decir: “Me estás contando sobre el milagro de que Cristo realmente está presente físicamente aquí, pero te aseguro que no es eso lo que yo veo. Los elementos lucen exactamente iguales a como estaban antes”.

Con el fin de hacerse cargo de este problema, la Iglesia Católica Romana presentó una fórmula filosófica para dar cuenta del fenómeno de las

apariencias del pan y el vino. Ellos se volvieron al pasado a las categorías filosóficas de Aristóteles y tomaron su lenguaje para articular la postura católica.

A Aristóteles le preocupaba la naturaleza de la realidad e hizo una distinción entre la *sustancia* de un objeto y los *accidentes* de un objeto. El término “accidente” se refería a una cualidad externa y perceptible de una cosa. Si alguien me describiera a mí, lo haría en términos de mi peso, altura, la ropa que uso, mi peinado, el color de mi cara, o el color de mis ojos. Todas estas descripciones se restringen a mis cualidades externas y perceptibles. Esa persona no sabe cómo soy en mi esencia personal. Yo no conozco la verdadera esencia de un pedazo de tiza. Yo solo veo una figura cilíndrica, dureza, y el color blanco. Esas son todas las cualidades externas perceptibles de la tiza.

Aristóteles creía que cada objeto poseía su propia sustancia y cada sustancia tenía sus correspondientes accidentes. Si teníamos la sustancia de un elefante, también tendríamos los accidentes de un elefante. Para Aristóteles, si algo lucía como pato, caminaba como pato, y graznaba como pato, entonces era un pato. La esencia del pato siempre produce los accidentes del pato. Cada vez que vemos los accidentes del pato, sabemos que lo que no podemos ver bajo la superficie es la esencia del pato.

La iglesia occidental medieval tomó el intento filosófico de Aristóteles de definir la diferencia entre la percepción superficial y la realidad subyacente para la doctrina de la transubstanciación. Ellos decían que en la Misa ocurría un doble milagro. Por una parte, la sustancia del pan y del vino se convierten en la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo, mientras que, por otra parte, los accidentes se mantienen iguales. ¿Qué significa eso? Antes del milagro, tenemos la sustancia del pan y los accidentes del pan, y tenemos la sustancia del vino y los accidentes del vino. Pero después del milagro, ya no tenemos la

sustancia del pan y la sustancia del vino. En lugar de ello, tenemos la sustancia del cuerpo y de la sangre de Cristo, pero se mantienen los accidentes del pan y del vino. En otras palabras, tenemos los accidentes del pan y el vino sin sus sustancias. El segundo milagro está en tener la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo sin los accidentes de la carne y la sangre. Ese es el sentido del doble milagro. Tenemos la sustancia de una cosa y los accidentes de otra. Es importante observar que el propio Aristóteles nunca habría concedido esta línea de pensamiento en el mundo real.

Hace algunas décadas, en Europa occidental, hubo un teólogo católico romano holandés que publicó una obra titulada *Christ the Sacrament of the Encounter with God* (Cristo, el sacramento del encuentro con Dios), en la cual introdujo una idea totalmente nueva. Él dijo que lo que sucede en el milagro de la Misa no es una transformación sobrenatural de la sustancia de una cosa en la sustancia de otra. No era una transubstanciación, sino lo que él llamó una transignificación. Él dijo que en la Misa los elementos del pan y el vino adquieren una significación celestial. Hay un cambio real en la significación de los elementos aun cuando la naturaleza de los elementos sigue siendo la misma. Este teólogo fue apoyado por el catecismo holandés y algunos otros teólogos progresistas de ese entonces, y esto creó una importante controversia dentro de la Iglesia Católica Romana. En 1965, el papa publicó una encíclica titulada *Mysterium Fidei*, “El misterio de la fe”, en la que respondió a este asunto y dijo que no solo el contenido de la doctrina histórica de la iglesia es inmutable, sino que también su formulación. Él dijo que la formulación aristotélica de la transubstanciación permanecería vigente. Esa sigue siendo la postura oficial de la Iglesia Católica Romana. Esta encíclica efectivamente rechazó las soluciones creativas que ofrecían algunos para abordar el problema que percibían en la transubstanciación.

Lutero objetó la transubstanciación porque creía que implicaba un milagro

innecesario. Lutero creía que la carne y la sangre reales de Jesús estaban presentes en los elementos, pero están en, con, y bajo los elementos. Estos no se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo, sino que más bien el cuerpo y la sangre de Cristo se añaden de manera sobrenatural a los elementos. En este sentido, él aún argumentaba a favor de la presencia real del cuerpo y la sangre físicos de Cristo.

Los reformados, tales como Juan Calvino y muchos otros, rechazaron la postura de Lutero, aunque no por razones sacramentales sino cristológicas. Trataremos de entender este rechazo en el siguiente capítulo en tanto que analizamos la naturaleza doble de Cristo.



LAS NATURALEZAS DE CRISTO

A fin de entender por qué Calvino rechazaba la postura de Lutero sobre la Cena del Señor, debemos indagar en la historia de la iglesia en busca de alguna ayuda. En el transcurso de la historia de la iglesia, se han planteado varias herejías con relación a las naturalezas humana y divina de Cristo.

En 451, en el Concilio de Calcedonia, los Padres de la Iglesia tuvieron que abordar estas herejías en dos frentes distintos. Por una parte, estaba la herejía monofisita, que fue propuesta por un hombre llamado Eutiques. Según Eutiques, Cristo tuvo una naturaleza que no era ni plenamente divina ni plenamente humana. Más bien tenía una sola naturaleza. Una forma de resumir su postura sería decir que Cristo tenía una naturaleza humana deificada o una naturaleza divina humanizada. Al mismo tiempo, en el otro extremo, había un hereje llamado Nestorio. Él alegaba que si uno tiene dos naturalezas, entonces debe haber dos personas. Él separó la naturaleza divina de la humana.

En el Concilio de Calcedonia, la iglesia declaró que Cristo es *vere homo, vere deus*. Esto significa que Cristo tiene dos naturalezas distintas —una que

es verdaderamente humana y una que es verdaderamente divina— que están unidas sin confusión en una sola persona. En esta resolución, la iglesia abordó efectivamente la herejía de Eutiques y la de Nestorio. Adicionalmente, la iglesia elaboró lo que comúnmente se denomina “las cuatro negaciones de Calcedonia”. Estas “cuatro negaciones” probablemente sean la formulación más importante que surgió de este histórico concilio eclesiástico. En este concilio del siglo V, los líderes entendían que aquello que estaban abordando en la encarnación era un supremo misterio. Ellos sabían que, en efecto, no podían decir colectivamente: “Hemos penetrado totalmente en el misterio de la encarnación”. Pero también querían afirmar, sin salvedades, que hay una perfecta unión entre la naturaleza divina y la naturaleza humana, que estas dos naturalezas son genuinas. Pero de qué manera se realiza efectivamente la unidad de la encarnación es algo que sigue envuelto en el misterio. Ellos también querían afirmar que entendían lo suficiente para rechazar confiadamente las herejías del momento que amenazaban una comprensión ortodoxa de la naturaleza dual de Cristo. Las cuatro negaciones son las siguientes: las dos naturalezas están unidas sin *confusión*, sin *cambio,* sin *separación y* sin *división*. Como sea que uno entienda la relación entre la naturaleza humana y la naturaleza divina, no queremos pensar que ellas están mezcladas o confundidas. En su única persona, la humanidad y la deidad de Cristo no pueden ser absorbidas la una por la otra, ni pueden ser separadas o divididas.

A lo largo de la historia de la iglesia, ha habido constantes intentos de tomar una de las dos naturalezas de Cristo y usarla para absorber la otra. En la teología liberal, la tendencia siempre se ha inclinado a terminar con un Jesús puramente humano. El resultado es un Jesús que no es divino. La humanidad absorbe la deidad. Por otra parte, a veces también hemos visto a cristianos excesivamente celosos de proteger la deidad de Cristo. En su celo

por proteger la verdad bíblica, son tan enfáticos en relación con su deidad que involuntariamente dejan de lado su humanidad.

Cuando llegamos al Nuevo Testamento, vemos su humanidad muy claramente. Jesús siente hambre, siente sed, llora, y sangra. Todos estos elementos manifiestan la verdadera naturaleza humana que él posee. Dios no siente hambre; a Dios no le da sed; la naturaleza divina no sangra. Todos estos son aspectos de la naturaleza humana. La respuesta a la pregunta “¿a qué naturaleza pertenece el cuerpo de Jesús?” es bastante obvia. Su cuerpo físico es una manifestación de su naturaleza humana, no de su naturaleza divina.

Además de las cuatro negaciones, la confesión de Calcedonia concluye con estas palabras: “Cada naturaleza conserva sus propios atributos”. Esto significa que en la encarnación la naturaleza divina no deja de ser divina. Es aquí precisamente donde abordamos la controversia en torno a la presencia de Cristo en la Cena del Señor. Si cada naturaleza conserva sus propios atributos, ¿entonces qué significa que la naturaleza humana conserve sus propios atributos? La omnipresencia no es un atributo de la naturaleza humana. ¿Cómo es posible que la naturaleza humana de Jesús esté en más de un lugar al mismo tiempo?

Los luteranos respondieron a esa objeción desarrollando una novedosa comprensión de la *communicatio idiomatum* —la “comunicación de atributos”— en referencia a su doctrina de la ubicuidad. *Ubicuidad* significa “presente aquí, allá, y en todo lugar al mismo tiempo”. Es un sinónimo de omnipresencia. Los luteranos aducen que si la naturaleza divina tiene la capacidad de estar presente en más de un lugar al mismo tiempo, entonces ese poder y atributo de la naturaleza divina es comunicado a la naturaleza humana en la Cena. Esto hizo posible que la naturaleza humana, incluido el cuerpo humano de Cristo, estuviese presente en todo lugar al mismo tiempo.

La naturaleza humana fue dotada de un atributo divino. En contraste, las iglesias reformadas dijeron que esto transgrede a Calcedonia porque confunde las naturalezas de Cristo, de manera que cada naturaleza no conserva sus propios atributos. Es por ello que Calvino y otros rechazaron categóricamente la postura luterana de la Cena del Señor. Lutero insistía en la presencia corporal de Jesús en más de un lugar al mismo tiempo. Nuestras creencias centrales respecto a la naturaleza de Cristo están en juego en este punto, razón por la cual los reformados han afirmado la presencia real de Jesús en el sacramento, pero no de la misma manera que los luteranos y los católicos romanos.



La presencia de Cristo

En la Confesión de Fe de Westminster 29.7 leemos estas palabras:

> Los que reciben dignamente este sacramento, participando exteriormente de los elementos visibles, también participan interiormente, por la fe, de una manera real y verdadera aunque no carnal ni corporal, sino alimentándose espiritualmente de Cristo crucificado y recibiendo todos los beneficios de su muerte. El cuerpo y la sangre de Cristo no están entonces ni carnal ni corporalmente dentro, con o bajo el pan y el vino; sin embargo, están real pero espiritualmente presentes en aquella ordenanza para la fe de los creyentes, tanto como los elementos mismos lo están para sus sentidos corporales.

En nuestra confesión vemos una distinción entre la presencia real de Jesús y la presencia física de Jesús. Cuando articula esta noción de la presencia real de Jesús, lo que quiere decir es que, *en términos espirituales*, él está realmente presente. ¿Qué significa eso? Primero, consideremos lo que no significa. A veces decimos: "No podré estar contigo el domingo, pero estaré

contigo en espíritu". ¿Qué queremos decir con eso? Significa que aunque estaré ausente de ti en cuanto a mi ubicación física, estaré pensando en ti. Puedes considerarlo como una especie de presencia espiritual. Pero apenas podríamos entender ese sentido de estar presente en algún lugar en espíritu como una presencia real. Esto por cierto no es lo que la confesión quiere decir ni lo que reformadores tales como Juan Calvino quisieron decir cuando hablaron de la presencia real y espiritual de Cristo en la Cena del Señor.

¿Qué quiso decir Calvino? En primer lugar, comencemos con la importante fórmula de Calvino, que se expresa en la frase latina *finitum non capax infinitum*. Este es un principio filosófico deducido de la razón o la lógica. Él estaba diciendo que lo finito no puede contener lo infinito. Si tuviéramos una cantidad infinita de agua, no podríamos contenerla en un vaso de doscientos mililitros. Es fácil de entender, ¿verdad?

Respecto a la naturaleza humana de Jesús, Calvino dijo que el cuerpo humano de Jesús no podía contener la deidad infinita del Hijo de Dios. Esta es simplemente otra forma de decir que aunque el cuerpo humano de Jesús no es omnipresente, la naturaleza divina de Cristo lo es. No obstante, Calvino no solo dijo que Cristo está verdaderamente presente en la Cena del Señor, en cuanto a su naturaleza divina, sino que en la Cena del Señor, aquellos que participan son verdaderamente fortalecidos y nutridos por la naturaleza humana de Jesús. ¿Cómo es esto posible si la naturaleza humana no es omnipresente? Calvino dijo que la naturaleza divina nos lo hace presente.

En el Nuevo Testamento, Jesús habla de irse y de quedarse: "Hijitos, aún estaré con ustedes un poco. Y me buscarán. Pero lo que les dije a los judíos, les digo a ustedes ahora: A donde yo voy, ustedes no pueden ir" (Juan 13:33). Los discípulos lo vieron ascender al cielo, y no obstante él dijo a los discípulos: "Aunque en un sentido yo me voy, sin embargo, en otro sentido yo estoy con ustedes siempre, hasta el fin del mundo". Jesús habló de una

presencia y una ausencia. Además, cuando Pablo habla del ministerio terrenal de Cristo, dice que nunca conoció a Cristo "*kata sarka*", es decir, en la carne. Él nunca lo vio en su encarnación terrenal; el apóstol no lo conoció durante su ministerio terrenal. La Biblia dice que Cristo está a la derecha de Dios, y la idea es que él no está aquí en términos de su presencia física visible.

El Catecismo de Heidelberg habla de esto cuando dice: "En cuanto a su naturaleza humana, Cristo ya no está presente con nosotros". La iglesia siempre ha entendido que la naturaleza humana ascendió a lo alto. "En cuanto a su naturaleza divina", dice el catecismo, "él nunca está ausente de nosotros". Aunque Cristo en su naturaleza humana ascendió al cielo, su naturaleza divina sigue siendo omnipresente, y está particularmente presente en la iglesia. ¿Significa eso que en el momento de la ascensión la naturaleza humana se fue al cielo y dejó la naturaleza divina, y que la perfecta unión de ambas se alteró? No. La encarnación aún es una realidad. Fue una realidad incluso en la muerte de Cristo. En la muerte de Cristo, la naturaleza divina ahora estaba unida a un cadáver humano; el alma humana fue al cielo y el alma humana que estaba en el cielo estaba unida con la naturaleza divina. El cuerpo humano que estaba en la tumba seguía unido a la naturaleza divina. Así que si podemos entender que la naturaleza humana está localizada porque todavía es humana, la naturaleza humana está en un lugar distinto a este mundo. Sin embargo, la naturaleza humana, en el cielo, está perfectamente unida a la naturaleza divina.

Recordemos que cuando uno está en comunión con la naturaleza divina, está en comunión con la persona del Hijo de Dios y todo lo que él es. Cuando me encuentro con él aquí en la naturaleza divina y entro en comunión con la persona de Jesús, esta naturaleza divina sigue conectada y unida a la naturaleza humana. Al tener comunión con la naturaleza divina, no tengo comunión solo con la naturaleza divina; también tengo comunión con la

naturaleza humana, la cual está en perfecta unidad con la naturaleza divina sin que por eso la naturaleza humana adquiera la capacidad divina de estar en todos estos lugares distintos. Recordemos que la naturaleza humana en ningún momento está separada de la naturaleza divina; por lo tanto, podemos sostener la unidad de las dos naturalezas y sostener la localización de la naturaleza humana sin deificar la naturaleza humana. Y no obstante, la persona de Cristo puede estar presente en más de un lugar en más de un momento en virtud de la omnipresencia de la naturaleza divina.

Es importante ver la diferencia entre esta postura y la perspectiva católica romana. La postura católica romana capacita a la naturaleza humana para que descienda a la tierra en todos estos lugares distintos a la vez. De este modo, podemos encontrar al cuerpo humano de Cristo en tantas parroquias católicas romanas como existan en el mundo. Nosotros rechazamos esta idea porque el cuerpo de Cristo hoy está en el cielo. Nos encontramos con la persona real en todas nuestras distintas iglesias y entramos en una bendita comunión con la totalidad de Cristo en virtud del contacto que tenemos con la naturaleza divina, pero su cuerpo humano permanece localizado en el cielo. Esto concuerda con el modo de hablar de Jesús en el Nuevo Testamento cuando dice: “Me voy, pero estaré con ustedes”. La presencia de sí mismo que él promete en el Nuevo Testamento es una presencia real y una comunión real con su pueblo.

Consideremos la Confesión de Westminster una vez más:

> En el sacramento participamos exteriormente de los elementos visibles, pero también interiormente, por la fe, de una manera real y verdadera aunque no carnal ni corporal, sino alimentándose espiritualmente de Cristo crucificado y recibiendo todos los beneficios de su muerte. El cuerpo y la sangre de Cristo no están entonces ni carnal ni corporalmente dentro, con o bajo el pan y el vino; sin embargo, están real pero espiritualmente presentes

en aquella ordenanza para la fe de los creyentes, tanto como los elementos mismos lo están para sus sentidos corporales.

A causa de la omnipresencia del Hijo de Dios en su deidad, en la Cena del Señor realmente nos encontramos con la totalidad de Cristo y somos nutridos por el Pan del Cielo.

Una nota final respecto a la enseñanza de la Iglesia Católica Romana sobre la Cena del Señor. Ellos creen que la Misa representa una repetición de la muerte sacrificial de Cristo cada vez que se celebra. Cristo, por así decirlo, es crucificado de nuevo. Desde luego, la Iglesia Católica Romana enseña que hay una diferencia entre el sacrificio original que hizo Jesús en el Calvario y la forma en que se realiza el sacrificio en la Misa. La diferencia es esta: en el Calvario, la muerte sacrificial de Jesús fue una muerte que involucró sangre real. Fue un sacrificio cruento. El sacrificio que se hace hoy es un sacrificio sin sangre. No obstante, es un sacrificio verdadero y real. Fue este aspecto, así como la doctrina de la transubstanciación, lo que causó gran parte de la controversia en el siglo XVI, porque a los reformadores les parecía que la idea de una repetición de cualquier tipo violenta el concepto bíblico de que Cristo fue ofrecido una vez para siempre. Así que, en la perspec los reformadores vieron un repudio al carácter definitivo de la ofrenda sacrificial que hizo Cristo en su expiación (Juan 19:28-30; Hebreos 10:1-18).



Bendición y juicio

Además de la doctrina de la transubstanciación y la recreación del sacrificio de Jesús, había otros aspectos de la perspectiva católica romana de la Cena del Señor que para los reformadores resultaban problemáticas. Consideremos 1 Corintios 10:14-22:

> Por tanto, amados míos, huyan de la idolatría. Les hablo como a personas sensatas; juzguen ustedes mismos lo que digo. La copa de bendición por la cual damos gracias, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Hay un solo pan, del cual todos participamos; por eso, aunque somos muchos, conformamos un solo cuerpo. Fíjense en el pueblo de Israel; los que comen de los animales que se ofrendan, son partícipes del altar. ¿Qué quiero decir con esto? ¿Que el ídolo o los animales que se ofrendan a los ídolos son algo? Lo que quiero decir es que los animales que ofrecen los no judíos, se ofrecen a los demonios, y no a Dios; y yo no quiero que ustedes tengan algo que ver con los demonios. Ustedes no pueden beber de la copa del Señor, y también de la copa de los demonios; no pueden participar de la mesa del

Señor, y también de la mesa de los demonios. ¿O vamos a provocar a celos al Señor? ¿Acaso somos más fuertes que él?

Aquí Pablo hace algunas serias advertencias respecto a mezclar la Cena del Señor con prácticas idólatras. Aparentemente, algunos cristianos de Corinto participaban en los servicios cristianos como también en comidas y festivales paganos. Esto motivó a Pablo a abordar las preguntas acerca de comer carne que era ofrecida a los ídolos. Cuando terminaban estos servicios paganos, la carne usada para los sacrificios solía venderse en el mercado. Algunos cristianos tenían escrúpulos sobre esto, diciendo: "No quiero tener nada que ver con cualquier carne que haya participado de alguna forma en una ceremonia pagana". Ellos creían que era pecado comer carne que había sido ofrecida a los ídolos. Pablo respondió diciendo que no hay nada intrínsecamente pecaminoso en la carne. Cómo se había sido usada antes de ser puesta a la venta en el mercado no debía causar mayor preocupación a los cristianos (1 Corintios 8).

Desde muy temprano, la iglesia ha tenido que luchar con la intrusión de idolatría en la práctica de la liturgia, particularmente con respecto a la Cena del Señor. Volviendo a la cuestión de la transubstanciación, recordemos que el problema que vio Calvino implicaba la deificación de la naturaleza humana de Cristo. Calvino dijo que esta sería la forma de idolatría más sutil posible. Puesto que Cristo es el Dios-hombre, él es el Hijo de Dios, y el Nuevo Testamento nos llama a adorarlo. Adoramos la persona, pero no extrapolamos la naturaleza humana de la divina para adorar la naturaleza humana aparte de su unión con la Segunda Persona de la Trinidad. Adorar la naturaleza humana de Jesús aparte de su unión con el divino Hijo de Dios sería cometer idolatría, porque eso implicaría atribuir un elemento divino al aspecto creado de Jesús.

Pero aquí debemos ser muy cuidadosos. La iglesia efectivamente adora a

toda la persona de Cristo, pero él es digno de adoración a causa de su naturaleza divina, no de su naturaleza humana. Así que los reformadores, especialmente Calvino, estaban preocupados por las prácticas de la iglesia medieval relacionadas con la adoración de la naturaleza humana de Jesús.

Si uno entra hoy a una iglesia Católica Romana observará que ellos hacen genuflexión. Ellos hincan una rodilla y luego se sientan. Si observamos durante el proceso de la Misa, el sacerdote también hace genuflexión frecuentemente en medio de su actividad. ¿Por qué la genuflexión? El objeto de la genuflexión es el tabernáculo. El tabernáculo normalmente es una caja de oro exhibida con prominencia encima del altar, y ese tabernáculo de oro contiene el pan que ha sido consagrado. Los católicos romanos creen que el pan se convierte en el cuerpo real de Cristo. Así que el motivo de la inclinación y la genuflexión es inclinarse hacia la hostia consagrada. Los católicos romanos ven ese pan consagrado como un objeto de adoración, y eso es algo que los reformadores objetaron firmemente. Ellos decían: "¿Por qué la gente tendría que inclinarse ante el pan consagrado? Aun si se convirtiera en la naturaleza humana de Jesús, no sería apropiado inclinarse ante la naturaleza humana".

Había otro asunto que también era materia de controversia en la Cena del Señor. Este tenía relación con la noción de la iglesia de lo que realmente sucede en el drama de la Misa. Después de realizada la consagración, la Iglesia Católica Romana enseña que lo que ocurre en la Misa es la repetición del sacrificio de Cristo en la cruz. Ahora bien, la Iglesia pone en claro que esta repetición del sacrificio se realiza de manera no sangrienta; no obstante, insisten en que el sacrificio es un sacrificio real. Por lo tanto, aunque no es una ofrenda cruenta, Cristo es real y verdaderamente sacrificado de nuevo cada vez que se ofrece la Misa. A los reformadores eso les pareció blasfemo, pues era un completo rechazo de lo que nos dice el libro de Hebreos, a saber,

que Cristo se ofreció una vez para siempre (Hebreos 10:10). La suficiencia y la perfección de la expiación que Cristo hizo en el Calvario fueron tan cabales que repetirla sería denigrar el valor supremo de la expiación definitiva que allí se había realizado.

En la Confesión de fe de Westminster 29.4 encontramos esta declaración:

> Las misas privadas o la recepción de este sacramento de un sacerdote o por cualquier otro privadamente; como también el negar la copa al pueblo; el adorar los elementos, el elevarlos o llevarlos de un lugar a otro para adorarlos y el guardarlos para pretendidos usos religiosos; todo esto es contrario a la naturaleza de este sacramento y a la institución de Cristo.

Una vez más vemos que los protestantes reaccionaron muy firmemente a la teología de la Misa, siguiendo las advertencias de 1 Corintios 10. Pero 1 Corintios 10 no es el único lugar donde Pablo hace advertencias. En 1 Corintios 11 hace advertencias aún más serias con relación al abuso de la Cena del Señor. Pablo escribe:

> Pero mi felicitación no se extiende a lo que sigue, porque ustedes no se congregan para buscar lo mejor, sino lo peor. Pues en primer lugar oigo decir que, cuando se reúnen como iglesia, hay divisiones entre ustedes; y en parte lo creo. Porque es preciso que haya disensiones entre ustedes, para que se vea claramente quiénes de ustedes son los que están aprobados. Y es que, cuando ustedes se reúnen, en realidad ya no lo hacen para participar en la cena del Señor, sino que cada uno se adelanta a comer su propia cena; y mientras que unos se quedan con hambre, otros se emborrachan. ¿Acaso no tienen casas, donde pueden comer y beber? ¿O es que menosprecian a la iglesia de Dios, y quieren poner en vergüenza a los que no tienen nada? ¿Qué debo decirles? ¿Que los felicito? ¡No puedo felicitarlos por esto!
>
> Yo recibí del Señor lo mismo que les he enseñado a ustedes: Que la

> noche que fue entregado, el Señor Jesús tomó pan, y que luego de dar gracias, lo partió y dijo: "Tomen y coman. Esto es mi cuerpo, que por ustedes es partido; hagan esto en mi memoria". Asimismo, después de cenar tomó la copa y dijo: "Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; hagan esto, cada vez que la beban, en mi memoria". Por lo tanto, siempre que coman este pan, y beban esta copa, proclaman la muerte del Señor, hasta que él venga.
>
> Así que cualquiera que coma este pan o beba esta copa del Señor de manera indigna, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, cada uno de ustedes debe examinarse a sí mismo antes de comer el pan y de beber de la copa. Porque el que come y bebe de manera indigna, y sin discernir el cuerpo del Señor, come y bebe para su propio castigo. Por eso hay entre ustedes muchos enfermos y debilitados, y muchos han muerto. Si nos examináramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; pero si somos juzgados por el Señor, somos disciplinados por él, para que no seamos condenados con el mundo.
>
> Así que, hermanos míos, cuando se reúnan a comer, espérense unos a otros. Si alguno tiene hambre, que coma en su casa, para que sus reuniones no se hagan acreedoras al castigo. Lo demás lo pondré en orden cuando vaya a verlos (vv. 17-34).

Es obvio lo que está sucediendo aquí. El ágape memorial, que se celebraba conjuntamente con la Cena del Señor en la iglesia primitiva, y que debía proclamar la muerte de Cristo y la repetición de la Pascua, se convirtió en una ocasión para la glotonería desenfrenada y el egoísmo en la comunidad corintia. La gente se abría paso a empujones hacia la mesa para atracarse de comida mientras otros quedaban con hambre. En otras palabras, todo el sentido de celebrar la Cena del Señor se destruía con este comportamiento. Por lo tanto, Pablo tuvo que hablar sobre dos problemas en Corinto. Por una

parte, la mezcla de idolatría con la Cena del Señor, y la denigración de la santidad del evento por parte de personas que la convertían en un picnic congregacional para la glotonería. Es en este contexto que Pablo da estas muy sobrias advertencias acerca de la celebración de la Cena del Señor.

A causa de esta enseñanza, uno de los principios fuertes que surgieron de la Reforma protestante respecto a la Cena del Señor es lo que denominamos "cercar la mesa". En algunas iglesias, antes de la celebración de la Cena del Señor, el ministro advierte a las personas que no sean miembros en plena comunión de una iglesia evangélica que no deberían participar del sacramento. Él le recuerda a la congregación que la Cena del Señor solo es para personas cristianas verdaderamente penitentes. Incluso hay iglesias que no permitirán participar en la Cena del Señor a nadie que no sea miembro de esa congregación en particular. Si uno está de visita, lo disuaden de participar aunque sea cristiano.

El propósito del cercado de la mesa no es excluir a las personas por un principio de arrogancia, sino más bien protegerlas de las terribles consecuencias que el apóstol expone en este capítulo, donde habla de la *manducatio indignorum*, que significa "comer y beber indignamente". Cuando una persona participa de la Cena del Señor de manera indigna, en lugar de beber una copa de bendición, está bebiendo una copa de maldición. Están comiendo y bebiendo para condenación, y Dios no será burlado. Si alguien celebra esta, la más sagrada de las actividades de la iglesia, y lo hace de manera inapropiada, se expone al juicio de Dios.

Oscar Cullman, el teólogo suizo, dijo que el verso más olvidado de todo el Nuevo Testamento es 1 Corintios 11:30: "Por eso hay entre ustedes muchos enfermos y debilitados, y muchos han muerto". Algunos estudiosos creen que el significado de 1 Juan 5:16-17 es que Dios no enviará al infierno a los cristianos que usen mal y abusen de la Cena del Señor, pero podría quitarles

la vida.

El punto que Pablo quiere destacar aquí es que el sacramento de la Cena del Señor es un sacramento que implica y requiere cierto discernimiento. Debemos discernir lo que estamos haciendo. Debemos venir con una actitud apropiada de humildad y arrepentimiento. Desde luego, el punto no es excluir a las personas de la mesa. En última instancia, nadie es digno de venir y comulgar con Cristo. Nosotros, que somos inherentemente indignos, venimos a comulgar con Cristo por causa de nuestra necesidad. Pero debemos venir en un espíritu de dependencia, sin arrogancia, confesando nuestros pecados y confiando solo en él para la salvación. Si tomamos estas cosas sagradas en forma hipócrita, Dios no nos tendrá por inocentes. Es por eso que necesitamos explorar el significado de este sacramento.

Al participar de la Cena del Señor, nos encontramos con el Cristo vivo, recibimos los beneficios de comulgar con el Pan del Cielo, y no obstante, al mismo tiempo debemos evitar cualquier forma de conducta o distorsión de este sacramento que cause que el disgusto de Dios caiga sobre nosotros.

ACERCA DEL AUTOR

El Dr. R. C. Sproul es el fundador y director de Ligonier Ministries, un ministerio multimedia internacional con sede en Sanford, Florida. Él también se desempeña como co-pastor en Saint Andrew's, una congregación reformada en Sanford, y como rector del Reformation Bible College, y su enseñanza puede escucharse en todo el mundo en el programa de radio diario *Renewing Your Mind.*

Durante su distinguida carrera académica, el Dr. Sproul contribuyó a la formación de hombres para el ministerio como profesor en varios seminarios teológicos.

El Dr. Sproul es autor de más de noventa libros, entre ellos, *The Holiness of God, Chosen by God, The Invisible Hand, Faith Alone, Everyone's a Theologian, Truths We Confess, The Truth of the Cross, and The Prayer of the Lord*. También trabajó como editor general de la Biblia *The Reformation Study Bible*, y ha escrito varios libros para niños, entre ellos *The Donkey Who Carried a King.*

El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, residen en Sanford, Florida.